

para horrorizarle arroja,
nieblas que su vista ofuscan,
simas que á sus pies se ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

Y con el ansia del triste
que una esperanza remota

ve tras la impia falange
de muertes mil que le acosan,
corre, oyendo débilmente
aquel: — «¡sígueme!» — que sorda
la voz de Irene murmura
cual eco de su voz propia,
hasta que por fin, rendido
al crudo afán que le agobia,
ya resbalando en aquella,
ya tropezando en estotra,
cayó exánime el de Castro
sobre las heladas rocas.



VII

DIOS ES PIADOSO

DON LUIS. — EL ALMA EN PENA.

Sobre unos rudos escombros
don Luis sus tormentos sufre,
en tanto que gota á gota
sangre sus heridas fluyen.
Y solo, y sin esperanza
que sus dolores endulce,
sin fruto invoca las sombras
de sus recuerdos ilustres;
que hasta en su angustia postrera,
dejando su ruego inútil,
le abandonaron de Irene
las tiernas solicitudes;
pues tal vez como las dichas,
también los amores huyen,
y en llegando á un coto cierto
también como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse
el último amor anuncie
que de la vida del hombre
la postrer hora se apure,
porque deshechos los lazos
que á la existencia nos unen,
anhela nuestra alma alientos
de atmósferas más salubres.

Vanamente sus memorias
don Luis al morir reúne
porque á su eterna partida
con el perdón le saluden,
pues solemnizan tan sólo
sus últimas inquietudes

cadáveres que le espantan,
demonios que le circuyen,
sangre cuyo hedor le ahoga,
la noche que horror infunde.

Y antes que débil el alma
rindiese en su pesadumbre,
exaltado en el delirio
en que su dolor le sume,
volvió exánime los ojos
á las inmortales cumbres,
y vió ante el Señor postrada
de Irene la imagen dulce,
que ya olvidando á su muerte
sus negras ingratitudes,
de su perdón en demanda
de Dios á los pies acude...

¡Bien haya amén la sombra desterrada
que con tan noble empeño
á expiar sus ensueños condenada
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas;
cuantos queméis á la virtud incienso
conmigo prorrumpid: — «¡Bendita seas!» —

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo
en lúgubre bandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los seres de otro mundo
junto á nosotros gimen,
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Sí, desbandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos
gimen al son de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fría
con tanto amor se paga,
¡cuándo la luz de la existencia mía
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorrumpe;

y de su gracia impulsado,
sobre arbolada nube
delante de Irene un ángel
á dar el perdón acude
al alma, que atribulada
con tétrica incertidumbre,
ya de la cárcel terrena
rompe los lazos comunes.

Y poco después se vieron
sobre los aires azules
de Irene y don Luis las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubes,
gloriosamente en sus manos
á entrambas el ángel sube.



I

EL DESCREIMIENTO

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Más que la luz de la razón humana,
amo la oscuridad de mi deseo,
y más que la verdad de cuanto veo,
quiero el error de mi esperanza vana.

Tenéis razón, hermosa Soberana,
que no sé cuándo dudo y cuándo creo;
si hoy, comparado á mí, todo es ateo,
tal vez de todo dudará mañana.

Entre creer y dudar, mi alma indecisa,
mientras pasa esta vida de quebranto,
que es eterna en dar fin, yendo de prisa,

El dudar y el creer confundo tanto,
que unas veces mi llanto acaba en risa,
y otras veces mi risa acaba en llanto.

II

LA DUDA

Tanto quiero creer, que no te creo,
dicha y tormento de la vida mía,
veo tu amor tan claro como el día,
mas lo anubla una cosa que no veo.

¡Cuando mis dudas en tu frente leo,
á poderte matar, te mataría!...

¡Oh, cuán desesperada es mi alegría,
que lo que adoro aborrecer deseo!

¡Santa virtud, consolador olvido,
dadme el candor de ver, como hombre honrado,
que soy con honradez correspondido!

¡Quitame, Amor, la duda que me has dado,
pues más que no creer siendo querido,
quisiera tener fe siendo engañado!

III

LA VIDA HUMANA

Velas de amor en golfos de ternura
suelta mi pobre corazón al viento,
y encuentra, en lo que alcanza, su tormento,
y espera, en lo que no halla, su ventura.

Viviendo en esta humana sepultura,
engañar el pesar es mi contento,
y este cilicio atroz del pensamiento
no halla un linde entre el genio y la locura.

¡Ay! en la vida ruin que al loco embarga,
y que al cuerdo infeliz de horror consterna,
dulce en el nombre, en realidad amarga,

Sólo el dolor con el dolor alterna,
y si al contarla á días es muy larga,
midiéndola por horas es eterna.

IV

CATON DE ÚTICA

Rasga su pecho el *último romano*
y exclama, deshonorando su memoria:
— Sueño es la libertad, humo la gloria,
y la austera virtud un nombre vano. —

Detén, Catón, la temeraria mano,
que en huir del dolor nunca hay victoria;
fiel á ese pueblo, mártir de la historia,
muere, si hay que morir, cara al tirano.

Torna á ganar la libertad perdida;
vuelve hacia Roma, y cuando hieran, hiere;
si cae la virtud, caiga vencida.

¿Quién su deshonra á su dolor prefiere?
en las batallas de la humana vida
sólo se mata el vil; el noble muere.